

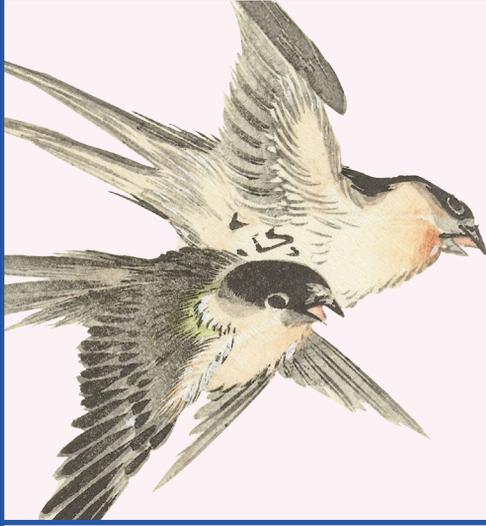
FRONDAS LÍRICAS

JULIO
FLÓREZ

BC

Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▪ literatura ▪



**FRONDAS
LÍRICAS**

**JULIO
FLÓREZ**

Jerónimo Pizarro (Comp.)

BC
▪ literatura ▪

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Flórez, Julio, 1867-1923

Frondas líricas [recurso electrónico] / Julio Flórez ; [presentación, Jerónimo Pizarro]. -- 1a. ed. -- Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2015.

1 recurso en línea : archivo PDF (152 páginas). -- (Biblioteca básica de cultura colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-8827-74-2

1. Poesía colombiana - Siglo XIX 2. Poesía lírica colombiana - Siglo XIX I. Pizarro, Jerónimo, aui. II. Título III. Serie

CDD: Co861.2 ed. 23

CO-BoBN- a975002



Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

María Claudia López Sorzano
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala
SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán
DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Felipe Cammaert
COORDINADOR EDITORIAL

Javier Beltrán
ASISTENTE EDITORIAL

David Ramírez-Ordóñez
RESPONSABLE PROYECTOS DIGITALES

María Alejandra Pautassi
EDITORA DE CONTENIDOS DIGITALES

Paola Caballero
APROPIACIÓN PATRIMONIAL

Taller de Edición Rocca
SERVICIOS EDITORIALES

Hipertexto
CONVERSIÓN DIGITAL

Pixel Club
COMPONENTE DE VISUALIZACIÓN Y BÚSQUEDA

Adán Farías
DISEÑO GRÁFICO Y EDITORIAL

ISBN:
978-958-8827-74-2
Bogotá D. C., diciembre de 2015

Primera edición: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional, 2015

Presentación y compilación: © Jerónimo Pizarro

Licencia Creative Commons:
Atribución-NoComercial-Compartirigual,
2.5 Colombia. Se puede consultar en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/co/>

ÍNDICE



Rúbrica del poeta Julio Flórez

- PRESENTACIÓN 9

CARDOS Y LIRIOS (1905)

- RESURRECCIONES 15
- ¡ABANDONADO! 16
- CASTIGO 17
- HIMNO A LA AURORA 19
- ORO EN POLVO 21
- MI TUMBA 22

MANOJO DE ZARZAS (1906)

- DESEO 25
- TODO NOS LLEGA TARDE 26
- APOCALÍPTICA 27
- AL TEQUENDAMA 29
- EN MARCHA 30
- PETICIÓN 32
- IMPOTENCIA 34
- ÚLTIMA HOJA 35

CESTA DE LOTOS (1906)

- NATAL 39
- QUIZÁS 40
- SOL BLANCO 41
- MONOTONÍAS 42
- ÍNTIMA 44
- CÁRCEL PERPETUA 45

FRONDA LÍRICA (1908)

▪ LA ARAÑA	49
▪ IDILIO ETERNO	54
▪ PRIMAVERA	57
▪ ESTÍO	60
▪ OTOÑO	63
▪ INVIERNO	66

GOTAS DE AJENJO (1909)

▪ AL LECTOR	71
▪ IV	72
▪ VII	74
▪ XVII	76
▪ XX	77
▪ XXII	78
▪ XXX	79
▪ XXXVI	81
▪ L	82
▪ LVI	83
▪ LXII	84
▪ LXX	85
▪ LXXII	86
▪ LXXXII	87
▪ CIX	88

¡DE PIE LOS MUERTOS! (1917)

▪ PRÓLOGO (¡DE PIE LOS MUERTOS!)	91
▪ EL ZEPPELÍN	93
▪ AL PAPA	94

ORO Y ÉBANO (1943)

▪ CANCIONES	97
▪ LAS MANOS DE MI MADRE	99
▪ ÓSCULO TROPICAL	102
▪ EN EL MONTE	103
▪ REGRESO AL PASADO	105
▪ A BOGOTÁ	107
▪ LOS BESOS EN LOS OJOS	109
▪ A UNA NIÑA	110
▪ LA BALADA INÉDITA	111
▪ CANCIÓN	115
▪ LA HURÍ DEL PESCADOR	116

OTROS POEMAS

▪ EL CANTO LIBRE	125
▪ JOB	126
▪ HIMNO A LA NOCHE	127
▪ MIS FLORES NEGRAS	130
▪ A MI HIJO, LEÓN JULIO	132
▪ ILUSIONES	133
▪ EL BOGOTANO	134
▪ ¡OH PATRIA!	135
▪ A MIS CRÍTICOS	138
▪ MI RETIRO EN EL MONTE	139
▪ EVOCACIÓN DIVINA	144
▪ A MI HIJA LIRA	145
▪ SOMBRA BLANCA	146
▪ EN USIACURÍ	148
▪ REALIDAD	149
▪ BODA NEGRA	150

▪ PRESENTACIÓN

«Dos tertulias literarias en Colombia han sido particularmente famosas», escribe Eduardo Carranza en el prólogo a la edición que sirvió a esta de base. «Una, El Mosaico», donde «... se charlaba, se improvisaba versos, se planeaban artículos de costumbres y se tomaba el refresco en compañía de las señoras»; otra, «La Gruta Simbólica», a donde los bohemios finiseculares iban «... entre rasgueos de tiple, bandola y guitarra, en busca de los manjares criollos y de dorados o diamantinos licores».

Julio Flórez (1867-1923) fue uno de los fundadores de La Gruta Simbólica, un grupo de amigos y artistas que hoy suele ser recordado por uno de sus actos más rebeldes y decadentistas: continuar las tertulias en el Cementerio Central de Bogotá y recitar versos y cantar serenatas a los muertos. Pero Flórez, más allá de su leyenda y sus trajes, más allá de su romanticismo y su negro gabán, fue un gran poeta lírico que viajó por diversos países hispanoamericanos y que en su tiempo fue leídisimo y muy *acarinhado*, como se dice en portugués.

La selección que se presenta en seguida y que invita a volver a leer a Julio Flórez —a quien a veces hemos leído sin saberlo,

pues sus versos forman parte de nuestro acervo cultural—, presenta a un poeta muy recursivo, a un poeta que asimiló diversas formas e influencias, y que tanto podía ser tumultuoso como intimista, grotesco como delicado, morboso como sentimental. Flórez fue amigo de Candelario Obeso y José Asunción Silva, y los poetas que lo marcaron fueron realmente diversos: Rafael Pombo, como Guillermo Valencia; Víctor Hugo, como Charles Baudelaire; Gustavo Adolfo Bécquer, como Rubén Darío.

Hasta cierto punto, y esta selección lo revela, hubo en la vida de Flórez al menos dos vidas: la de la bohemia bogotana y la del retiro en Usiacurí, en la costa atlántica. *Gotas de ajeno* (1909) —título evocativo de las *Gotas amargas* de Silva— traza una línea divisoria entre los poemas publicados de 1893 a 1908 y aquellos publicados de 1912 a 1923. El poeta boyacense en la capital de la República es algo truculento y casi nihilista; el mismo poeta, exiliado cerca del mar, entre pozos de aguas curativas, es más sereno e incluso «social»: en 1917 publica un poemario dedicado a la Primera Guerra Mundial.

Flórez recuerda al protagonista de un cuento, «Un hombre célebre», de Joaquim Maria Machado de Assis. Como Pestana, el poeta colombiano no se vuelve célebre por sus composiciones más «eruditas», sino por las más «populares» y, con el paso del tiempo, se le va apartando de «... los núcleos verdaderamente cultos de la nación, para reducirlo a la categoría de trovero espontáneo, aunque glorioso», ya que, como explica Rafael Maya, «... las canciones demasiado fáciles, las coplas insignificantes o las estrofas falsamente sentimentales» eclipsaron una gran parte de su obra y, en particular, sus notables sonetos.

Ahora bien, Flórez, como Pestana, no es sólo el autor de la letra de una canción famosa —véase el poema «Mis flores negras»—, ni de una serie de poemas reproducidos «... hasta la fatiga por periódicos, folletos y almanaques», como escribe Maya, sino un autor de una gran riqueza formal, que utilizó las formas métricas clásicas además de las modernas. Si se lo tildó de «trovero espontáneo» fue, en gran medida, porque nació en un país centralizado, cuyos gobernantes creían vivir en la Atenas suramericana, o en jerga bogotana, en el «curubito» de los Andes.

El autor de «Apocalíptica» y «Boda negra» un día abandonó Bogotá y se trasladó a Usiacurí. En parte, porque el clero lo había acusado de blasfemo, pero también porque el ambiente aristocrático de algunos cenáculos lo había agobiado, porque políticamente se había vuelto incómodo y porque, como declara en un poema titulado «A Bogotá», la capital dejó de ser «alegre y tentadora» y se transformó, a sus ojos, en «un inmenso camposanto». En «El bogotano», un ciudadano desencantado mira, «entristecido», cómo vuelan «deshojadas y mustias sus ilusiones».

Creo que a Julio Flórez —como al tuerto López y a otros poetas supuestamente menos «eruditos»— hay que volverlos a leer para reescribir nuestra historia literaria, no sólo por su excepcional valor, sino porque más allá de los poemas que los hicieron conocidos en su momento, dejaron una obra extensa que, en general, casi no hemos leído. Hoy, sin prejuicios y sin la presunción de vivir en una nueva Atenas, convendría que reencontremos la obra de aquel que optó, al final, por la «escondida senda», citando a Fray Luis de León.

Esta antología presenta a Flórez en toda su amplitud y demuestra que el poeta que tanto caló en la sensibilidad hispánica hace un siglo, aún puede hacerlo. No sé si leyéndolo oiremos pasillos, bambucos, boleros y valsos, o si ya lo leeremos en silencio y con otro arrobos. Creo haberlo leído de forma más callada, sin que por eso se me escapara su música, sin que por ello dejara de captar el hechizo que ejerce la sonoridad de sus versos. «Vedla: es ritmo / y es donaire. / Sus desnudos pies se agitan y parece / que también tuviesen alas / como el aire».

JERÓNIMO PIZARRO



CARDOS Y LIRIOS
(1905)

▪ RESURRECCIONES

Algo se muere en mí todos los días;
del tiempo en la insonora catarata,
la hora que se aleja, me arrebató
salud, amor, ensueños y alegrías.

Al evocar las ilusiones mías,
pienso: «¡Yo, no soy yo!». ¿Por qué, insensata,
la misma vida con su soplo mata
mi antiguo ser, tras lentas agonías?

Soy un extraño ante mis propios ojos,
un nuevo soñador, un peregrino
que ayer pisaba flores y hoy... abrojos.

Y en todo instante, es tal mi desconcierto,
que ante mi muerte próxima, imagino
que muchas veces en la vida... he muerto.

▪ ¡ABANDONADO!

Solo, como un espectro por el mundo
iba, cuando me hallaste y me dijiste:
«¡Refúgiate en mis brazos, hombre triste!
Soy tuya, Soñador Meditabundo».

Y fuiste mía; sin embargo hoy hundo
la frente en la almohada en que pusiste
tu cabecita núbil... y en que oíste
la serenata de mi amor profundo,

Y ya no estás allí. La marejada
del mal, con golpe aleve y tremebundo
te arrojó al lupanar... ¡Desventurada!

Y hoy, mientras haces tu comercio inmundado,
yo prosigo como antes mi jornada,
solo, como un espectro por el mundo.

▪ CASTIGO

Dos puñales agudos
templados al fuego,
yo quisiera clavarte en los ojos,
azules y grandes rincones de cielo;
sacar los puñales
después, los terribles puñales de acero,
y ver en tus cuencas vacías y oscuras
resbalar dos raudales sangrientos...

Y ver los abismos
helados y negros,
que a través del cristal de esos ojos
(extintos ha tiempo)
volcaron desdenes y rayos de ira
en estos los míos de lágrimas llenos.
Ventanas oscuras en donde se asoma
mi espíritu enfermo.

Quiero castigarlos
con castigo eterno,
sólo por haberle negado a mi noche
su luz, siendo limpios y ardientes luceros.

Quiero ver tu alma
entonces en esos
rincones azules, de pronto trocados
en dos agujeros.

Pero más quisiera clavarte esos rojos
puñales de fuego,
por ver un eclipse,
qué trágico eclipse..., eclipse de cielo.

▪ HIMNO A LA AURORA

Celestial mariposa
de alas tenues y grandes
teñidas de oro y rosa:
tú, que en el amplio cielo,
tras del enorme boa de los Andes
alzas el blando y luminoso vuelo.

¿De qué jardín sublime
vienes, divina mariposa? ¿Dime,
en qué sidéreo broche
libas la miel que te alimenta? ¿Acaso
tus luengas alas de luciente raso,
batiste en los jardines de la noche?

¿En qué flores de luces infinitas
saciaste tus anhelos?
¿Tal vez en las radiantes margaritas
que se abren en los surcos de los cielos?

Ya que los horizontes
llenas de luz y galas
y derramas en mar, valles y montes
todo el dorado polvo de tus alas...

Celestial mariposa
ven, y tus remos en mis sienes posa;
desciende al pobre mundo
de tu verjel profundo,
antes de que en los giros de tus vuelos,
te quemes en la antorcha de los cielos.

▪ ORO EN POLVO

¡Quién fuera mariposa!
Flor del aire, luciente y fugitiva;
envidio esa existencia temblorosa,
que siempre en pago de la miel que liba,
deja un polvo de oro en cada rosa.

▪ MI TUMBA

Cuando yo expire, a la empinada sierra
transportad mi cadáver y en la cumbre,
no lo arrojéis debajo de la tierra,
sino encima... del sol bajo la lumbre.

Donde me cante el impetuoso viento
sus largos deprofundis y mi caja
mortuoria sea un risco, el firmamento
mi capilla y la nieve mi mortaja.

En donde para honrar el mustio rastro
de lo que fui, cuando en la vida estuve,
tenga por cirio funeral, un astro
y por incienso místico, una nube.

Donde para que rabien los humanos
que arrastran sus envidias por el suelo,
me devoren, en vez de los gusanos,
los buitres y las águilas del cielo.



MANOJO DE ZARZAS
(1906)

▪ DESEO

Quisiera hacer estrofas,
estrofas —perlas,
que brotaran fulgores
de luna llena,
cantos de tordo,
rumor de selvas
y perfumes de flores
recién abiertas,
para encerrar esta alma
triste y enferma,
como en nevadas copas
de llanto llenas,
y ante tus plantas
después romperlas,
para que los abismos
d'esta alma vieras.

▪ TODO NOS LLEGA TARDE

Todo nos llega tarde, —hasta la muerte.
Nunca se satisface ni se alcanza
la dulce posesión de una esperanza
cuando el deseo acósanos más fuerte.

Todo puede llegar; pero se advierte
que todo llega tarde: la bonanza,
después de la tragedia; la alabanza,
cuando está ya la aspiración inerte.

La Justicia nos muestra su balanza,
cuando sus siglos en la Historia vierte
el Tiempo mudo que en el orbe avanza;

y la Gloria, esa ninfa de la suerte,
sólo en las viejas sepulturas danza.
Todo nos llega tarde: —hasta la muerte.

▪ APOCALÍPTICA

Y me senté en el carro de la sombra,
presa del más horrendo paroxismo,
y comencé a rodar sobre una alfombra,
formada por el cosmos del abismo.

Y abarqué el infinito en una sola
mirada, llena de fulgor intenso...,
y vi del tiempo la gigante ola
rodar al precipicio de lo inmenso.

Y vi la eterna procesión de mundos,
a través de mi loco desvarío,
rodar por dos ignotos y profundos
senos inescrutables del vacío.

Y llamé a Dios, con penetrante acento,
con un acento penetrante y hondo,
que atravesó, rasgando el firmamento,
sin encontrar del firmamento el fondo.

Mas, nadie respondiome. En mi agonía,
—¿En dónde estás...? —grité de nuevo—. ¿En dónde...?
Pasó la pesadilla. Hoy todavía
lo llamo y todo inútil: no responde.

▪ AL TEQUENDAMA

¡Ah!, yo como tú; también fui río;
me deslicé por sobre blanda arena,
bajo un cielo de bóveda serena,
y recorrí la vega y el plantío.
Más tarde, la fatiga y el hastío,
y más que todo, la desdicha ajena,
al repletar mi corazón de pena,
me sentí desplomado en el vacío.

Y estoy cayendo en el abismo oscuro
de mi dolor letal, sordo, infinito...,
como tú, del peñón inmoble y duro.

Voy, como tú, tras negra lontananza,
lanzando siempre, como tú, mi grito;
¡ay!, pero sin un iris de esperanza.

▪ EN MARCHA

Me miran los hombres y exclaman: ¿qué tienes?,
¿por qué taciturno refrenas el paso?,
espectro o vampiro, ¿do vas?, ¿de do vienes
así..., ensangrentado como sol de ocaso?

¿Qué daño te han hecho?, respóndenlos, dinos,
¿por qué tu pie deja purpurinos rastros?,
¿qué el ave te dice cuando alza sus trinos?,
¿y tú, qué les cuentas de noche a los astros?

¿Por qué vas sin rumbo como hoja que vuela?,
¿como hoja marchita que vuela al acaso?,
¿qué tedio te mata?, ¿qué frío te hiela?,
¿qué buscas?, ¿las sombras como el sol de ocaso?

¿Tal vez una ingrata mujer te ha vendido?,
¿o ha muerto..., y la pena corona tus sienes?,
¿tal vez te ha olvidado?, ¡qué infame ese olvido!
Responde: ¿qué tienes?, ¿qué tienes?, ¿qué tienes?

Yo miro a los hombres, los oigo, y sonrío,
así..., ensangrentado como sol de ocaso;
muriendo de angustia, muriendo de hastío...,
y no les contesto, los saludo... y paso.

▪ PETICIÓN

Si en esta alma dolorida
reina la desolación,
si llevo en el corazón
toda la hiel de la vida;
si está en mi pecho escondida
la medusa de los celos
y sólo zarzas y hielos
encuentro por donde voy...,
si ante mis súplicas, hoy
están cerrados los cielos...

¿Por qué me pides que vierta,
este espíritu sombrío,
una gota de rocío?,
¿no ves q'el alma está muerta?,
¿cuándo la playa desierta
pudo brotar una flor?,
¿cuándo el pobre trovador,
un canto podrá verter,

de entusiasmo o de placer,
bajo el yugo del dolor?

¡Oh!, no me pidas cantares
alegres, que mi canción,
al salir del corazón
tiene el sabor de los mares.
Si te duelen mis pesares
y es cierto que me amas tanto
pide un ¡ay! a mi quebranto
y reclama al pecho mío,
no una gota de rocío...,
sino una gota de llanto.

▪ IMPOTENCIA

Ya no puedo reír. Cuando en el pecho
ladra el dolor y en llanto se deslíe
el corazón en su recinto estrecho,
puede el labio temblar..., ¡pero no ríe!

Ya no puedo cantar. Cuando la pena
roe la vida, sin cesar, en tanto
que el Hastío el espíritu envenena,
puede el grito brotar..., ¡pero no el canto!

Ya no puedo luchar. Cuando los brazos
al fin se cansan, cuando nadie escucha
el sollozo de un alma hecha pedazos,
puede el hombre morir..., ¡pero no lucha!

▪ ÚLTIMA HOJA

En los nudosos brazos, de las encinas,
largos y secos,
antes d'entrar alegres, de las ruinas
en los lúgubres huecos,
se detienen y gimen las golondrinas.

Yo me detengo apenas en esta hoja,
frágil y blanca,
y antes de ir donde el llanto la tierra moja,
el ¡ay! de una congoja
entre amargos sollozos de mí se arranca.



CESTA DE LOTOS
(1906)

▪ NATAL

Si el mundo me brindara, en este día
todas sus flores como rica ofrenda,
¿sabes tú lo que haría?
—Deshojar esas flores en tu senda.

Y si el cielo me diera, en este día,
todos los astros de las noches bellas,
¿sabes tú lo que haría?
—Salpicar tu camino con estrellas.

¡Pues mi deseo es hoy, alma inocente,
en esta inmensa playa de dolores,
mirarte eternamente,
caminar entre estrellas... y entre flores!

▪ QUIZÁS

Cuando murió mi madre idolatrada,
mi ardiente corazón tornóse en hielo:
¡en un hielo tan duro, que ya nada
derretirlo podrá..., ni el sol del cielo,
ni el rayo abrasador de tu mirada!

Mas, sin embargo, ¡mírame! ¿Quién sabe?
Ya que tan sólo a ti mi fe consagro,
ya que tu amor en mi tristeza cabe,
¿no tendrás tú la misteriosa clave
que haga llama ese hielo? ¡Haz el milagro!

▪ SOL BLANCO

Ayer, cuando en el templo
el venerable párroco
te dio la comunión, yo te veía
palidecer, desde un rincón sagrado.

¡Y nunca un sol más níveo
tuvo más rojo ocaso,
que aquel sol del espíritu, la hostia,
al desaparecer tras de tus labios!

▪ MONOTONÍAS

▪ I

Se están poniendo tristes
las tardes de verano;
ya no se ve en los cielos
siquiera un arrebol.
Y está desierto el bosque
y está marchito el llano...,
¡qué triste va muriendo
tras de la sierra el sol!

Es que tras de la bruma,
q'el horizonte cierra,
el blanco viejo apoya
la frente en su bordón.
¿Mas, qué importa ese frío
de cielo, mar y tierra,
si fuego, amor y abrigo
te da mi corazón?

■ II

Oye, el cierzo rasguña la vidriera:
llegó el invierno al fin..., pero el estío
surge en mi amante corazón; afuera
cae la lluvia, el cielo está sombrío.

Mas, no importa, bien mío,
porque en mi corazón hay una hoguera
que te dará calor si sientes frío.

■ III

¡Mientras que tú me inundas
en la onda fragante de tu aliento,
oye, el ala del viento
arrebata las hojas moribundas.

Pero ese viento helado
no llegará hasta ti, ni la llovizna
tu cuerpo mojará, ni ese nublado,
que el triste cielo de la tarde tizna,
te quitará la luz: corto es el trecho
que nos separa. ¡Ven! La chimenea
fría está..., ni una brasa.

¡Ven!, la cabeza pon sobre mi pecho:
así..., más cerca..., que tus ojos vea
mientras el soplo del invierno pasa...
¡Oh, q'este invierno interminable sea!

▪ ÍNTIMA

Anoche, cuando huiste
y me dejaste solo,
desconfiado triste
y yerto como un témpano del Polo,
sentí cólera y celos
y, para despreciarte, pedí bríos
¡al Dios que está en los cielos!

Mas..., volviste. Y tus ojos más sombríos
me miraron... Entonces tu hechicera
pupila parecióme más oscura
que la siniestra hondura
de un cielo por la sombra encapotado:
¡ah..., como si la hubiera
reteñido la tinta del pecado!

Pero al hacerte un tímido reproche
y saber la verdad desnuda y fría,
de tu pupila entre la ardiente noche,
la estrella del candor resplandecía.

▪ CÁRCEL PERPETUA

Yo vivo encadenado a tu hermosura,
lo mismo que a su roca, Prometeo;
sin poder quebrantar la ligadura
que me une a ti..., por más que forcejeo.

¿De qué delito bárbaro fui reo,
para tener que seportar tan dura
y a la vez dulce pena? Mi deseo
es un placer que llega a la tortura.

Me atraes como abismo luminoso;
luchó, por arrancarme de tu lado,
con las fuerzas terribles de un coloso.

¡Inútil! A vivir siempre abrazado
a tu cuerpo flexible y armonioso,
parece q'estuviera condenado.



FRONDA LÍRICA
(1908)

▪ LA ARAÑA

Entre las hojas de laurel, marchitas,
de la corona vieja,
que en lo alto de mi lecho suspendida,
un triunfo no alcanzado me recuerda,
una araña ha formado
su lóbrega vivienda
con hilos tembladores
más blandos que la seda,
donde aguarda a las moscas
haciendo centinela,
a las moscas incautas
que allí prisión encuentran,
y que la araña chupa
con ansiedad suprema.
He querido matarla:
mas..., ¡imposible! Al verla
con sus patas peludas
y su cabeza negra,
la compasión invade

mi corazón, y aquella
criatura vil, entonces
como si comprendiera
mi pensamiento, avanza
sin temor, se me acerca
como queriendo darme
las gracias, y se aleja
después, a su escondite
desde el cual me contempla.
Bien sabe que la odio
por lo horrible y perversa;
y que me alegraría
si la encontrase muerta;
mas ya de mí no huye,
ni ante mis ojos tiembla;
un leal enemigo
quizás me juzga, y piensa
al ver que la ventaja
es mía, por la fuerza,
que no extinguiré nunca
su mísera existencia.

En los días amargos
en que gimo, y las quejas
de mis labios se escapan
en forma de blasfemias,
alzo los tristes ojos
a mi corona vieja,
y encuentro allí la araña,

la misma araña fea
con sus patas peludas
y su cabeza negra,
como oyendo las frases
que en mi boca aletean.
En las noches sombrías,
cuando todas mis penas
como negros vampiros
sobre mi lecho vuelan,
cuando el insomnio pinta
las moradas ojeras
y las rojizas manchas
en mi faz macilenta,
me parece que baja
la araña de su celda
y camina..., y camina...,
y camina sin tregua
por mi semblante mustio
hasta que el alba llega.

¿Es compasiva?, ¿es mala?,
¿indiferente? Vela
mi sueño, y, cuando escribo,
silenciosa me observa.
¿Me compadece acaso?
¿De mi dolor se alegra?
¡Dime quién eres! ¡Monstruo!
¿En tu cuerpo se alberga
un espíritu? Dime:

¿es el alma de aquella
mujer que me persigue
todavía, aunque muerta?
¿La que mató mi dicha
y me inundó en tristezas?
Dime: ¿acaso dejaste
la vibradora selva,
donde enredar solías
tus plateadas hebras,
en las oscuras ramas
de las frondosas ceibas,
por venir a mi alcoba,
en el misterio envuelta,
como una envidia muda,
como una viva mueca?
¡Te hablo y tú nada dices;
te hablo y no me contestas!
¡Aparta, monstruo, huye
otra vez a tu celda!

Quizás mañana mismo,
cuando en mi lecho muera,
cuando la ardiente sangre
se cuaje entre mis venas
y mis ojos se enturbien,
tú, alimaña siniestra,
bajarás silenciosa
y en mi oscura melena
formarás otro asilo,

formarás otra tela,
solo por perseguirme
¡hasta en la misma huesa!
¡Qué importa...!, nos odiamos,
pero escucha: no temas,
no temas por tu vida:
es tuya toda, entera.
Jamás romperé el hilo
de tu muda existencia;
sigue viviendo, sigue,
pero... oculta en tu cueva.
¡No salgas! ¡No me mires!
¡No escuches más mis quejas,
ni me muestres tus patas
ni tu cabeza negra...!
¡Sigue viviendo, sigue,
inmunda compañera,
entre las hojas del laurel marchitas
de la corona vieja,
que en lo alto de mi lecho suspendida,
un triunfo no alcanzado me recuerda!

▪ IDILIO ETERNO

Ruge el mar y se encrespa y se agiganta;
la luna, ave de luz, prepara el vuelo,
y en el momento en que la faz levanta,
da un beso al mar y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable que respira
tempestades y sube y baja y crece,
al sentir aquel ósculo, suspira...,
y en su cárcel de rocas..., se estremece.

Hace siglos de siglos que de lejos
tiemblan de amor en noches estivales:
ella le da sus límpidos reflejos,
él le ofrece sus perlas y corales.

Con orgullo se expresan sus amores
estos viejos amantes afligidos;
ella le dice: «¡te amo!», en sus fulgores,
y él responde: «¡te adoro!», en sus rugidos.

Ella lo aduerme con su lumbre pura,
y el mar la arrulla con su eterno grito,
y le cuenta su afán y su amargura
con una voz que truena en lo infinito.

Ella pálida y triste lo oye y sube
por el espacio en que su luz desploma,
y velando la faz tras de la nube,
le oculta el duelo que a su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible,
que el mar la copia en su convulso seno,
y se contempla en el cristal movable
del monstruo azul en que retumba el trueno.

Y al descender tras de la sierra fría
le grita el mar: «¡En tu fulgor me abraso!
¡No descieras tan pronto, estrella mía!
¡Estrella de mi amor..., detén el paso...!

¡Un instante mitiga mi amargura,
ya que en tu lumbre sideral me bañas;
¡No te alejes...!, ¿no ves tu imagen pura
brillar en el azul de mis entrañas?».

Y ella exclama en su loco desvarío:
«por doquiera la muerte me circunda.
¡Detenerme no puedo, monstruo mío!
¡Compadece a tu pobre moribunda...!

¡Mi último beso de pasión te envió;
mi casto brillo a tu semblante junto...!».
Y en las hondas tinieblas del vacío
hecha cadáver se desploma al punto.

Entonces el mar, de un polo al otro polo,
al encrespar sus olas plañideras,
inmenso, triste, desvalido y solo,
cubre con sus sollozos las riberas.

Y al contemplar los luminosos rastros
del alba luna en el oscuro velo,
tiemblan de envidia y de dolor los astros
en la profunda soledad del cielo.

Todo calla... El mar duerme y no importuna
con sus gritos salvajes de reproche,
y sueña que se besa con la luna
en el tálamo negro de la noche.

▪ PRIMAVERA

¡La campiña!

Sobre el césped del cortijo va la niña
tierna, rubia, frágil, blanca;
—bajo el brazo la muñeca
de cartón rosada y hueca—
salta, corre, canta, grita,
y sus fúlgidos ojazos copian toda
la pureza de la bóveda infinita.
Vedla: es ritmo
y es donaire;
sus desnudos pies se agitan y parece
que también tuviesen alas
como el aire.

Dulcemente el aura toca
el capullo de su boca
que es esencia y es frescura
y es panal, húmedo y tibio,
de miel pura.

Va contenta, retozona,
va de prisa;
y en sus labios aletea
como un ave sobre el nido, la sonrisa.

Primavera en los jardines,
bosques, valles y barrancas,
echa rosas, rosas, rosas,
rosas blancas.

Una crencha rubia miente
un celaje sobre el campo de su frente;
frente casta,
perla enorme que en el oro de sus rizos
arcangélicos se engasta;
frente pura que humedece
el sudor, y que parece,
bajo el soplo sano y frío
de los céfiros, camelia
empapada de rocío.

Va la niña; tal vez sueña
con las hadas, y se cuenta
ella misma, el cuentecillo
de la pobre cenicienta.

Y sus gritos melodiosos
en las ráfagas deslíe,
juguetona, parlanchina,
mientras salta, corre y ríe.

Nace el alba; vibra el orto
 sus espadas de reflejos,
y el espacio se sonrosa, y un gran vaho
 de perfumes acres, llega
 de muy lejos.

Primavera en los jardines,
bosques, valles y barrancas,
echa rosas, rosas, rosas,
 rosas blancas.

▪ ESTÍO

Es rescoldo
la ancha tierra; bajo un toldo
de verdura, una joven campesina
en el pecho de su amante
se reclina;
un arroyo serpentea, susurrante,
salta en tumbos que retumban
en las rocas del vibrante
bosque espeso;
los insectos giran, zumban
como nube de ámbar y oro,
y en el aire suena un beso
y un «¡Te adoro!».
Ni una nube
mancha el cielo;
un gran hálito de horno, sube, sube
a las ramas silenciosas, desde el suelo.
¡Cuán hermosa
la muchacha! Su mejilla

viva rosa;
y su boca, almibarada,
tiene muchos más rubíes
muchos más que una granada.

Olorosa como el heno,
y brillante como el heno su cabeza
se endereza
como enorme flor de oro,
sobre un tallo de esbeltez y vida lleno,
mientras se alzan, con la espuma
del encaje de su traje,
medio ocultas,
las dos ondas de su seno.

El estío, por las ramas
soñolientas, tembladoras,
filtra llamas, llamas, llamas
quemadoras.

Un suspiro, moribundo
de amor, pasa por el mundo;
y la joven, suelto en rizos el cabello
poderoso y ondulante,
sus desnudos brazos finos,
echa al cuello
de su amante;
y se ciñe toda, toda,
al mancebo noble y fuerte:
es el día de su boda.

Con voz tierna,
asegura que su dicha
será eterna.

Por un claro del gran bosque yo la veo
que se agita, jadeante,
bajo el ansia del deseo.

El ambiente la sofoca;
el placer la descoyunta;
y, ebria y loca,
a los labios del mancebo
sus ardientes labios junta.
Y las dos palpitaciones
de sus buenos corazones
anhelantes

repercuten de la selva en los rincones
más distantes...

Medio día:
al cenit el sol ya llega,
y sus dardos ardorosos, deslumbrantes,
a la madre tierra envía.

El estío, por las ramas
soñolientas, tembladoras,
filtra llamas, llamas, llamas
quemadoras.

▪ OTOÑO

Luz de luna
su mirada;
su pupila
noche bruna;
sus ojeras
guardan toda la ceniza
que cayó, cuando sus ojos
fueron vívidas hogueras;
su pestaña engarza en oro
un diamante de su lloro.
En un bucle que sus sienes engalana
como un hilo de alba seda, se desliza
una cana.
En el campo,
del sol mira el postrer lampo,
taciturna,
del sol triste que se emboza, poco a poco,
en la clámide nocturna.

Desteñida, no provoca
ya la adelfa de su boca:
porque es flor que la sonrisa ya no mueve;
hoy sus pétalos pegados y sinuosos
no descubren el refugio
de la nieve;
boca triste, boca seca;
en sus róseas comisuras,
de fastidio hay una mueca.
Sin embargo,
a pesar de aquel constante
dejo amargo...,
en su rostro, todavía marfileño,
hay un no sé qué de dulce...,
de fantástico, de ensueño...
El otoño en las orillas
del camino, riega hojas,
hojas y hojas
amarillas.

De su frente
la tersura
se deshace lentamente:
la visión del blanco invierno,
el blancor de aquel semblante
pone en fuga...,
y se alarga entre sus cejas, desdeñosas
y enarcadas,
honda arruga.

En sus manos, bien cuidadas,
todas llenas
de sortijas, se insinúan
las azules serpentinas de sus venas;
y su barba, como lirio
melancólico y maltrecho,
agoniza en los encajes
de la doble y blanda loma
de su pecho.

Solitaria, yo la veo
en un banco
del paseo;
tal vez sueña con las flores
de otros tiempos: ¡sus amores!
Los recuerdos más hermosos
y gratísimos,
ahora,
tal vez pasan por su mente,
mientras llora...

Es la tarde. Allá a lo lejos,
su cabeza el sol sumerge
en la sangre de los últimos reflejos...
El otoño en las orillas
del camino riega hojas,
hojas y hojas
amarillas.

▪ INVIERNO

Tras la lóbrega ventana
de una choza, hay una anciana;
hila, hila,
y enturbiando
su pupila,
de sus lágrimas dos gotas
al salir de cuando en cuando,
y al brillar, fingen dos gruesas
perlas rotas.
Sus mejillas,
lacias, caen; se entrechocan
sus rodillas.
Viste luto,
y una huella, casi extinta,
hay apenas de su pobre seno enjuto.
En su frente
dejó el tiempo despiadado
el ultraje
de su arado.

Y su boca,
ya marchita,
es un hueco de oraciones,
de oraciones que musita
ella, sola, en los rincones
de la estancia: ¡Pobrecita!
¿Qué se hicieron los encantos
de su cuerpo?, ¿qué las épocas felices...?
¡De sus manos sólo quedan...
dos raíces!
El invierno, sobre el techo
de la choza, llueve, llueve,
llueve copos, grandes copos
de alba nieve.

Sopla el cierzo..., y la cabeza
de la triste anciana, eriza;
la cabeza, que parece
de ceniza.
Cruje el tuero;
de rescoldo hay un reguero
en el fúnebre recinto de la estancia,
y saturan los tizones
el ambiente, de una exótica fragancia.

Débil, mustia y alelada,
¿en qué sueña aquella triste
mujer sola?
¿En qué sueña? ¡En nada, en nada!

Sólo advierte
que a sus plantas va formándose el vacío...,
y que siente todo el frío
espantoso de la muerte.

En el cielo
desolado, el rüido
de su vuelo
y el graznido
de su canto, deja oír en las tinieblas
un mochuelo.

Es de noche; no hay un astro.

Todo es sombra
en el llano y en el bosque,
y en la vega que parece de alabastro.

A la puerta
ladra un gozque.
¡El invierno, sobre el techo
de la choza, llueve, llueve,
llueve copos, grandes copos
de alba nieve!



GOTAS DE AJENJO
(1909)

▪ AL LECTOR

Hay una gruta, misteriosa y negra,
donde resbala bajo mustias frondas,
un raudal silencioso que ni alegra
ni fecunda: ¡qué amargas son sus ondas!

Con qué impudor bajo esa gruta helada
mil flores abren su aterido broche...,
¡nunca al beso de luz de la alborada!,
¡siempre al ósculo negro de la noche!

Esa gruta es mi alma; y esa fuente
muda y letal, mi corrosivo llanto;
y esas flores, los versos que en mi mente
brotan al choque de fatal quebranto.

Cierto es que hay ámbar y color y almíbar
en muchas de esas flores..., mas te advierto,
que estas esconden repugnante acíbar,
¡olor de cirio, y palidez de muerto!

▪ IV

Me gustan las ojeras
en los semblantes tristes
de los seres que luchan
con el mal, y resisten
los espantosos golpes
que del pesar reciben,
y que apenas se fruncen...,
y sólo a solas gimen.

Detesto las ojeras
en los semblantes tristes,
de aquellos que en las crápulas
y en los burdeles viven;
y enfermos de la carne
y enfermos del espíritu,
van en busca del vórtice
del desprecio y del crimen.

Por eso son tan bellas
en las mártires vírgenes
en las madres dolientes,
y en los bardos sublimes;
y al contrario, asquerosas,
repugnantes y horribles,
en los que se degradan,
es decir: ¡en los viles!

▪ VII

—¿Escuchas?

—Sí.

—¿Qué escuchas?

—Un gorjeo

que brota de los labios de mi amada.

—¡Soñador! Es tu madre que murmura,
puesta de hinojos, funeral plegaria.

—¿Escuchas?

—Sí.

—¿Qué escuchas?

—¡El crujido

del vaporoso traje de mi amada!

—¡Soñador! No te engañes, es que cosen
un sudario de lienzo tus hermanas.

—¿Ves?

—¡Sí!

—¿Qué ves?

—¡El ardoroso brillo

que despiden los ojos de mi amada!

—¡Soñador! Es la aurora que despunta
en el mundo intangible de las almas.

—¿Sientes?

—¡Oh, sí!

—¿Qué sientes?

—¡Ella! ¡Ella!

En este instante, ¡mírala...!, ¡me abraza!

—¡Soñador! ¡No te engañes..., no delires...,
soy yo, soy yo..., contempla mi guadaña!

Dijo esto con sardónica ironía
la Muerte... Y alejóse de la estancia.
El poeta exhaló su último aliento,
y su espíritu huyó como una ráfaga.

Después, madre y hermanas, todas juntas,
al rededor de un féretro lloraban.
En la calle reían..., y a lo lejos
doblaban por un muerto las campanas.

▪ XVII

¿Qué por qué vuelan en rimas
rojas, y negras y blancas
a modo de mariposas
mis dichas y mis desgracias?

¿Sabes por qué? —Porque toda
emoción dulce o amarga
que hiere mi corazón,
se rompe en versos en mi alma.

▪ XX

Una montaña de oro
vi en horizonte lejano;
corrí tras ella...; mi mano
tendí, y era aquel tesoro
un arbol de verano.

En una noche muy bella,
brillar en la lejanía
del espacio, vi una estrella;
corrí afanoso tras ella
y hallé sólo... una bujía.

¡Vi arder en tu corazón,
por mí, como roja pira
la llama de la pasión!
mas, ¡ay!, todo fue ilusión:
¡oro, estrella, amor..., mentira!

▪ XXII

No os enorgullezcáis, niñas hermosas,
porque líneas tenéis esculturales:
vuestras carnes se pudren, y, en las fosas,
todos los esqueletos son iguales.

▪ XXX

De noche, cuando voy al camposanto,
pongo el oído en las oscuras grietas
que abre el tiempo en el duro calicanto
de las tumbas, y en tanto
que, agudas cual saetas,
los buhos me prodigan indiscretas
miradas llenas de profundo espanto,
oigo vagos ruidos
allá en el fondo de las negras cajas,
donde duermen los muertos ateridos,
envueltos en sus fúnebres mortajas.

Y entonces, confundido,
en busca de mi madre corro al punto,
y después de contarle lo que he oído,
ansioso le pregunto:
—¿No crees que ese ruido
de las tumbas indica
que entran allí las auras y retozan?

Y mi madre al instante me replica:
—No es eso: son los muertos que sollozan.

▪ XXXVI

Dicen que entre las tumbas del camposanto
suelen incorporarse los pobres muertos,
y a través de las grietas del calicanto,
ver con los ojos turbios, tristes y yertos,
si alguien llega a sus tumbas vertiendo llanto.

¡Ay!, cuántos esqueletos sus cuencas frías
pondrán tras de las grietas que hay en sus fosas,
y esperarán en vano, días..., y días...,
que alguien llegue y mitigue sus espantosas,
sus eternas y amargas melancolías.

▪ L

Tanto me odias, me aborreces tanto,
que pienso que algún día
irás al camposanto
a hollar la hierba de la tumba mía.
Ojalá..., nada importa que furiosa
pises allí sobre mi cuerpo helado:
con tu pie, diminuto y delicado,
perfumarás la hierba de mi fosa.
¿Sabes lo que me aterra
de la muerte y me espanta?
—No estar a flor de tierra,
entonces, ¡ay!, para besar tu planta.

▪ LVI

¿Sabes qué es amor, bien mío?
—Un mal, a mi parecer,
que se alivia... con placer,
y se cura... con hastío.

▪ LXII

Tanto quiero dormir, cuando el infierno
de este vivir acabe, dulce amiga,
que dudo si hasta el mismo sueño eterno
podrá al cabo extinguir tanta fatiga.

▪ LXX

Yo tengo como el mar horas serenas
en que pierde mi espíritu su brío,
y se aduerme en la carne como el río
sobre su luengo tálamo de arenas.

Horas en que la sangre de mis venas
blandamente circula, en que el Hastío
como siniestro cárabo sombrío,
huye de la guarida de mis penas.

¡Ah! Si entonces, acaso venturoso
un instante me ves, y una sonrisa
desarruga mi mudo labio inerte,

es porque aquellas horas de reposo,
que pasan para mi siempre de prisa,
tienen algo del sueño de la muerte.

▪ LXXII

¿Dios premia a los rebeldes? ¡Qué ironía!
Al furioso Satán, al iracundo,
en pago de su enorme rebeldía,
le dio el trono del mundo.

▪ LXXXII

Hermosa y sana, en el pasado estío,
murmuraba, en mi oído, sin espanto:
—Yo quisiera morirme, amado mío;
más que el mundo me gusta el camposanto.
Y de fiebre voraz bajo el imperio,
moribunda, ayer tarde, me decía:
—No me dejes llevar al cementerio...
¡Yo no quiero morirme todavía!
¡Oh, Señor..., y qué frágiles nacimos;
y qué variables somos y seremos;
si la tumba está lejos..., la pedimos,
pero si cerca está..., no la queremos.

▪ CIX

Cuando llegué a tu fosa, madre mía,
no hallé nada en tu fosa:
¡Nada: estaba vacía...!
Pero vi que una blanca mariposa,
con rumbo hacia el azul, de allí salía.



¡DE PIE LOS MUERTOS!
(1917)

▪ PRÓLOGO

(¡DE PIE LOS MUERTOS!)

▪ I

Hoy que el mundo —la patria del poeta—
todo sangriento y enlutado gira,
debe exhalar sonidos de trompeta
¡y sollozos de océano la Lira!

Hoy del bardo la voz debe ser grito
de conmiseración y de protesta,
trueno que repercute en lo infinito
como el del Tequendama en la floresta.

Hoy el poeta que ante el gran combate
como asustado ruiseñor abate
alas y arpegio en el blandor del nido,

que no descarga a modo de piqueta
su verso, y calla ante el mundial rugido
de indignación, ¡ni es hombre... ni es poeta!

■ II

El verdadero vate en esta hora
negra, de excepcional desasosiego,
debe pulsar la cuerda vengadora,
¡que silba como un látigo de fuego!

Debe entonar el canto que apostrofa
y que la maldición lleva consigo,
y convertir la orquesta de la estrofa
en somatén, ¡y el númen en castigo!

Debe azotar con cláusulas bravías
a aquellos que, con ínfulas de guías
excelsos, consumaron el desastre:

monstruos a quien nada les importa
que miseria y dolor el mundo arrastre,
¡ya que el mundo los ama... o los soporta!

▪ EL ZEPPELÍN

En el mar de la atmósfera de un cetáceo
descomunal, avanza, oscila, sube,
y boga en el crepúsculo violáceo
de la tiniebla en pos, como una nube.

Es un enorme Zeppelin, —¿invento
prodigioso del hombre?—. Aérea nave
acreedora al azul del firmamento,
asombro de aquilón, pasmo del ave.

En su marcha espectral no deja rastros;
¿a dónde va? ¿Tal vez a las inmensas
y recónditas playas de los astros?

¡Ay! Que respondan los humanos seres
que habitan las ciudades indefensas:
¿los ancianos?, ¿los niños?, ¡las mujeres!

▪ AL PAPA

¿Qué hiciste de tus ígneos anatemas?,
¿qué del sonante látigo que un día
blandió el manso Jesús? ¿A dónde remas,
oh, Pescador, en noche tan sombría?

¡El Teutón y el Austriaco en pavoroso
desbordamiento arruinan los santuarios
donde se adora al Todopoderoso!
¡Y tú... sigues rezando tus rosarios!

Ni un grito aún de divinal coraje,
¡ni un encendido apóstrofe siquiera
que estigmaticice el proceder salvaje!

No una fugaz reprobación cualquiera
es lo que aguarda, tras de tanto ultraje,
la humanidad... ¡Tu fallo es lo que espera!



ORO Y ÉBANO
(1943)

▪ CANCIONES

Yacen mis venturas muertas,
de mi alma en las ruinas,
como las conchas marinas
sobre las playas desiertas.

Así, pues, si mis cantares
te llegan con mis lamentos
en las alas de los vientos
y en el fragor de los mares,

te cantarán al oído,
con rumor trémulo y blando,
que estoy llorando, llorando
por tu ausencia y por tu olvido.

Y te dirán que el exceso
de mi profundo pesar
no puede hacerme olvidar
la miel de tu último beso.

Que voy con mi pena a solas
rodando por el vacío
como esos troncos que el río
arrastra sobre sus olas.

¡Y que están mis dichas muertas
de mi alma en las ruinas,
como las conchas marinas
sobre las playas desiertas!

▪ LAS MANOS DE MI MADRE

Manos que en el crespón de la tiniebla
de la noche insonora
pálidas flotan como airón de niebla.
¡Oh, las manos difuntas
de la triste señora,
de la madre doliente
que ha tiempo no responde a mis preguntas!
¡Oh, manos que existieron solamente
para elevarse a Dios y vivir juntas!

Manos hechas de amor, adoloridas,
sangradas sin cesar por los abrojos
de las ajenas vidas...
Que nunca hubieron de ocultar sonrojos,
que en el mundo cerraron mis heridas
y que se fueron sin cerrar mis ojos.

¡Oh, manos aguzadas
por el dolor y la piedad..., divinas

manos que vi a menudo entrelazadas
cual si una de otra, acaso por lo finas,
siempre hubiesen estado enamoradas!

Manos claras, rípidas,
que siempre aleteantes y piadosas,
esparciendo un frescor de esencias vagas,
posábanse cual níveas mariposas
en los rojos claveles de las llagas.

Manos alabastrinas,
frágiles y pequeñas,
cuyos dedos de raso,
en la noche del mal llena de espinas,
me llamaron por señas
y enderezaron mi torcido paso.

Manos claras, serenas,
azuladas apenas
por la red de las venas,
que parecían, al tocar las cosas,
por encima, azucenas;
y por debajo, rosas.

Manos sabias, prolijas,
que mi sudor secaron en la cuesta
que me tocó subir... Manos de santa
que nunca entorpecieron las sortijas,

y en mi noche más lóbrega y funesta
trizaron la blasfemia en mi garganta.

Desde la eternidad donde cual una
tenue gasa de luna
flotáis, manos queridas
que nunca hubisteis de ocultar sonrojos
y en el mundo cerrasteis mis heridas...,
volved, ¡oh, manos...!, y cerrad mis ojos.

▪ ÓSCULO TROPICAL

Y penetramos en el bosque, mudos,
en un cálido colmo de demencia;
nuestras manos en haz, como dos nudos
hechos de amor, temblaban de impaciencia.

Y caímos de súbito embriagados
de voluptuosidad en las malezas;
y con los ojos húmedos, cerrados,
se confundieron nuestras dos cabezas.

De un divino manjar mi boca hambrienta
buscó el botón colmado de rocío
de tu boca dulcísima y sangrienta.

Se hundió en tu boca el seco labio mío,
y el beso reventó como revienta
la ola airada en el peñón bravío.

▪ EN EL MONTE

Ya poco o nada de mis glorias queda;
hoy, lejos de la lucha en que viví,
mezo la cuna de mi niña y rueda
como un susurro mi existencia aquí.

En la brisa fugaz que blanda sopla,
llega de las ciudades hasta mí,
de cuando en cuando, el eco de una copla
de amor, que en otros tiempos escribí.

Y al recordar mi tormentosa vida
y lo que entre los hombres padecí,
bendigo en el silencio «la escondida
senda» que al fin y al cabo preferí.

Hoy todo, todo me parece un sueño,
todo, hasta las miserias que sufrí;
vivo como al influjo de un beleño,
y así resbala mi existencia, así...

Diéronme hiel en el falaz tumulto
humano hasta las bocas de rubí:
allá calumnia, allí grosero insulto,
allá traición y falsedad allí.

A mi patria, sumida en sus tristezas,
mi lira de oro y ébano le di,
ella a mí no me ha dado ni riquezas,
ni honores, no, pero su llanto sí.

Dejadme, pues, en paz; nada he pedido,
mas hoy que vivo retirado aquí,
mezo la cuna de mi niña y pido
olvido, sólo olvido,
olvido irrevocable para mí.

▪ REGRESO AL PASADO

▪ I

Dilatada llanura, dilatada
perspectiva campestre, amplio horizonte
pleno de azul purísimo, cascada
refundida en los ámbitos del monte;

viejo trapiche, rústico bohío
recostado en las frondas, solariega
casa de campo, turbulento río,
valle profundo, solitaria vega;

tronco en que me senté con ella; acanto
cuya sombra profunda amparó nuestro
fugaz amor, tan vivo como santo.

Vuestro soy con mi vida y con mi estro;
vuestro, vuestro será mi mejor canto
y mi último suspiro será vuestro.

■ II

Lejanía del tiempo, lejanía
de mi niñez y de mi adolescencia;
oasis de mi virgen alegría,
sagrario de mi cándida inocencia;

terrores infantiles, sueños vagos
de glorias y de númenes ignotos,
paseos por la orilla de los lagos,
pláticas a la sombra de los sotos;

primero, único amor; ánfora llena
de miel de rosas y de azul de cielo;
horas de luz en que la vida es buena;

acercamiento a Dios... La frente inclino;
nacen las alas en mis hombros; vuelo...,
y torno a recorrer todo el camino.

▪ A BOGOTÁ

▪ I

¡Oh mi ciudad querida!, hoy tan lejana
y tan inaccesible a mi deseo,
que al evocarte en mi memoria creo
que fuiste un sueño de mi edad temprana.

Te evoco así, como a quimera vana,
y al evocarte, sin cesar te veo
resplandecer bajo el ardor febeo
sobre la gran quietud de la sabana.

Y al pensar que en ti van, hora tras hora,
sucumbiendo los seres que amé tanto
y que la tierra sin cesar devora,

surges bajo la nube de mi llanto,
no como ayer: alegre y tentadora,
sino como un inmenso camposanto.

■ II

¡Oh mi bella ciudad! Cómo en tu seno
vibró mi ser y aleteó mi rima
cuando en tu corazón hallé la cima
que asalta el rayo y que apostrofa el trueno.

Te poseí bajo tu azul sereno,
entre el halago dulce de tu clima,
y te ofrendé mi juventud opima
con tanto ahínco y con amor tan pleno,

que en las tinieblas de tus noches frías
y hasta en tus más recónditos rincones
deben sonar, cual ecos de otros días:

los sollozos de todas mis canciones,
los estruendos de todas mis orgías
y los gritos de todas mis pasiones.

▪ LOS BESOS EN LOS OJOS

¿Y los ojos? Son ánforas repletas
de luz espiritual, ventanas puras
de cuyo marco penden las violetas
de las ojeras místicas y oscuras.

Los ojos son los faros de la vida,
son los cristales donde amor asoma
su faz como una rama florecida
hecha de lumbre y de celeste aroma.

Los besos en los ojos... Todo beso
que en los ojos se da, se da en el alma;
beso dulce, castísimo... Por eso

cuando tras de besar tus labios rojos
quiero infundir a mis sentidos calma
pongo a soñar mis labios en tus ojos.

▪ A UNA NIÑA

A mi hija Cielo

¿Ves esa linfa que triscando rueda
cómo dilata su cristal sonoro
por la llanura, el valle y la arboleda,
como una veta de zafiros y oro?

Mira qué alegre va; nada le abrumba,
aquí levanta un coro de rumores,
allí palpita en vértigos de espuma,
allá se aduerme en tálamo de flores.

Sea tu vida así: pise una alfombra
de albas rosas tu pie; la espina advierte,
con tu candor a la azucena asombra.

Y arda tu luz espiritual, de suerte
que al penetrar en la suprema sombra
alumbres las tinieblas de la muerte.

▪ LA BALADA INÉDITA

Sentado en una piedra del camino,
y como presa de pesar tremendo,
una tarde cantaba un peregrino
una canción que me quedó doliendo.

Una canción que el alma me penetra
como un escalofrío, una balada
rebotante de hiel: triste es su letra,
pero es mucho más triste su tonada.

El sol iba a morir. Un rojo lampo
de su luz, como un luengo hilo de seda,
se enredaba en los árboles del campo
y sangraba en la frente del Aeda.

Llegueme al trovador desconocido,
y emocionado preguntéle: —¿En dónde
aprendiste ese canto tan sentido
que a mi clamor parece que responde?

Y él contestóme con acento blando,
con un acento musical: —Os digo
que lo aprendí no sé dónde ni cuándo
porque, a decir verdad, nació conmigo.

Ese canto en mi ruta es mi alegría:
refresca mi fatiga y mi quebranto;
cuando a hablar comencé..., ya lo sabía,
y desde entonces sin cesar lo canto.

De mi orquesta interior él es un eco
que hago sonar en la tardina calma,
y que al salir por el oscuro hueco
de mi boca glacial, me alivia el alma.

Con él recorro el mundo paso a paso,
y siempre en los parajes campesinos,
me gusta, cuando el sol baja a su ocaso,
cantarlo en la quietud de los caminos—.

—¿Quién eres?—, pregunté. Y él dijo: —El viejo
camarada mejor del Desengaño,
nunca a los hombres de acercarme dejo,
y aunque ellos no me ven..., los acompaño.

Yo soy el acicate, soy el grito
que se escapa del labio moribundo,
el ¡ay! que repercute en lo infinito,
el verdadero emperador del mundo.

Yo elevo los espíritus, yo arranco
del humano fangal los corazones,
y purifico en el incienso blanco
que arde en mi pecho, todas las pasiones.

Gloria soy de los mártires; sus nombres
viven por mí; yo pongo los cilicios,
yo atormento la carne de los hombres;
soy el padre de todos los suplicios.

Yo doy alas al genio, fuerza al justo,
esperanzas a todos los anhelos;
por mí, sólo por mí, subió el Augusto
Redentor desde el Gólgota a los cielos—.

El rapsoda calló. Yo lo miraba.
Entre una nube de melancolía;
su corazón como bullente lava
a través de su pecho se encendía.

Su frente era muy blanca, su mejilla
honda, muy honda, sus cabellos canos;
de ébano y oro —excelsa maravilla—
columpiaba una cítara en sus manos.

Como dos claros pozos de tranquilas
aguas en cuencos de marmórea roca,
se remansaba el llanto en sus pupilas
sobre el rictus amargo de su boca.

Aquel hombre..., ¿quién era? ¿Acaso un loco?
—¿Te llamas?—, pregunté, y el peregrino:
—Soy el Dolor—, me dijo, y poco a poco
se alejó en las revueltas del camino.

Marchó de cara al moribundo día,
hacia el lejano resplandor postrero,
y a manera de sol que se moría,
su planta iba sangrando en el sendero.

Abrió la noche su portal; los astros
comenzaron a hervir y un gran lucero
lloró su luz sobre los tibios rastros
del muerto sol y del senil viajero.

Pronto la luna apareció, serena,
sobre un picacho de la curva andina,
y una lechuza desgranó su pena
desde el roto esqueleto de una encina.

¡Allí quedéme estático y suspenso,
sin saber de mí nada; al otro día
pensé en el peregrino..., y en él pienso
a través de los años todavía!

▪ CANCIÓN

¿Has visto, niña, a lo lejos,
el sol, que paso entre paso,
va descendiendo al ocaso,
con su manto de reflejos?

¿Cómo por lúgubres huellas
deja en su triunfal descenso
cubierto el espacio inmenso
de crespones y de estrellas?

Así, niña, es el amor:
como el sol, paso entre paso,
cuando desciende a su ocaso
y no da luz ni calor,

en el corazón herido
nos deja en triste quebranto:
por astros, gotas de llanto,
y por tinieblas, olvido.

▪ LA HURÍ DEL PESCADOR

Todos al verla pasar
cabizbaja, sola y muda,
camino del ancho mar,
murmuraban: —Es “la viuda”
que va a la playa a llorar.
“La viuda”, así la llamaba
el tumulto pescador
que la servía y la mimaba
y que siempre la alentaba
con un «¡ten fe, ten valor!».

Mas ella se fue agostando
lentamente como una
corola de invernadero:
ya sólo de cuando en cuando,
pálida como la luna,
iba al desembarcadero.

Iba a mirar compungida
la melancólica danza

del piélagο mugidor;
a dar aliento a su vida,
dando vida a su esperanza
y esperanza a su dolor.

Iba a mirar de hito en hito,
de los otros pescadores
las otras barcas pasar;
imploraba al infinito
con dulcísimos clamores,
y se sentaba a llorar...

¡Más de tres años hacía
que su novio, un pescador,
modelo de bizarría,
un día otoñal se había
ido a empezar su labor;
y a la rada no volvía...,
no volvía el pescador!

Cuando entre la mar y el cielo
alguna vela lejana
iba desfleando el velo
brumoso de la mañana,
trémula, absorta y ufana,
sacudía su pañuelo...
Y al desataviarse el día
era de ver su reproche
cuando aquella vela huía

lentamente y se perdía
como una garza... en la noche.

Como la crónica cuenta
que no sopla el vendaval
ni el carro de la tormenta
en relámpagos revienta
nunca en aquel litoral,
dijeron que una sirena
al pescador aquel quizo
hacer suyo en la mar plena,
en aquel día otoñal,
y lo arrastró de improviso
a su tálamo de arena,
de conchas y de coral.

Que aún estaba allí, vivo,
pero muriendo de pena,
constante a su amor, y esquivo
al amor de la sirena
que lo guardaba cautivo.

Que aunque la bella raptora
era la más seductora
ninfa de aquella región,
sin dar colmo a sus anhelos,
se retorció de celos
junto al rebelde garzón;

que ricas sartas de perlas
en azafates de oro
le brindaba con afán,
y que ni siquiera verlas
—fiel a su innato decoro—
nunca pretendió el galán;

que de un raro caracol,
repulido y tornasol,
sacaba una melodía
como destilada miel,
con cuyas notas quería
robarle el alma al doncel;

que con su canto divino
bajo el gran cristal marino
lo arrullaba sin cesar,
en medio de las legiones
innúmeras de tritones
que iban el canto a escuchar.

Pero que todo era en vano
porque el mancebo crüel
lloraba y no se rendía:
buen testigo el océano
que ávidamente sorbía
las lágrimas del doncel.

Es lo cierto que “la viuda”
una vez, pálida y muda,
fuese a la playa a llorar:
y no volvió..., nadie duda
de que se arrojó a la mar.

Pues aseguran que vio
bajo el undoso cristal
a su gentil compañero
en los brazos prisionero
de su atrevida rival...
Que al piélago se lanzó
y en la garganta le hundió
a la sirena un puñal.

Que la sangre coralina
de la expirante raptora
como un sonrosado tul
corrió en la entraña marina
como si hubiese la aurora
nacido entre el agua azul.

Y que a la tarde, en la arena
de aquella playa desnuda
vieron, con mudo estupor,
junto a la muerta sirena,
viva y triunfante, a “la viuda”;
sano y libre, al pescador.

Y agregan cuantos los vieron
—como final maravilla—
que de la noche al favor
los dos amantes huyeron
a esconder en otra orilla
el tesoro de su amor.



OTROS POEMAS

▪ EL CANTO LIBRE

Soy un pájaro lírico. Yo estuve
en una jaula —la ciudad—; hoy vuelo
sin trabas, como el cóndor y la nube,
por el mar, por la tierra y por el cielo.

Ayer en mi prisión ruidosa y vasta
hondamente canté mis propias penas,
mis decepciones y mis iras, y hasta
mis otras desventuras, las ajenas.

¡Entonces fue mi canto un gran gemido;
mas hoy que, libre, el firmamento sondo,
lejos del fausto y del odioso ruido,

a las miradas del burgués me escondo
de un monte en lo más alto, y cuelgo el nido
al aire, porque así canto más hondo!

▪ JOB

Job, el leproso formidable, hediondo
hasta asfixiar, su acuosa podredumbre
siente un día rodar bajo la lumbré
de un sol de estío, refulgente y blondo.

Y el ojo clava en el azul sin fondo
de la impasible y colosal techumbre,
y olvidando su antigua mansedumbre
lanza un rugido lastimero y hondo.

Es ya de noche: un charco nauseabundo
de carnes desleídas y asquerosas
se dilata a los pies del santo inmundo;

y entre aquel charco, atónitas y bellas
como enjambre de abejas luminosas,
mira Job, cabizbajo, las estrellas.

▪ HIMNO A LA NOCHE

Ya descuelga la noche sus cortinas:
en la sombra la tarde se desmaya,
y a través de las pálidas neblinas,
se ven las juguetonas golondrinas
volar sobre la arena de la playa.

En la comba turquí del firmamento
las estrellas derraman sus fulgores;
y las nubes con tardo movimiento
taciturnas se cuentan sus amores
sobre las alas del callado viento.

En su lecho de perlas y corales
sacude el mar sus encrespadas olas;
y llegan, con las brisas estivales,
envueltos en aromas tropicales,
ecos de moribundas barcarolas.

Soledad y silencio a un tiempo mismo
se enlazan bajo el manto de las brumas,
y el hondo mar, el proceloso abismo,
con rudo y estentóreo paroxismo
avienta en el espacio sus espumas.

Y yo, tranquilo ante el fulgor del cielo,
miro del mar los seculares rastros,
y en las alas azules de mi anhelo
se remonta mi espíritu a los astros
con inaudito y poderoso vuelo.

Y me complazco en contemplar a solas
los gigantescos mundos que gravitan
en ese mar espléndido, sin olas,
y cuyos rayos al bajar palpitan
y dan besos de amor a las corolas.

.....

Ven, mi adorada, el astro reverbera;
la blanca nube en el espacio gira;
no vaciles: la noche nos espera;
sacude la flotante cabellera
y hacia el abismo de los cielos mira.

Ven, contempla las límpidas estrellas,
su tibia luz y sus eternas galas
siempre imponentes, como siempre bellas.

¡Mira las nebulosas: son las huellas
que imprimen los querubes con sus alas!

La blanca luna en el oriente asoma,
y el mar va hinchando su convulso seno;
ya su voz es arrullo de paloma
y no fragor de formidable trueno
que en las alas del aire se desploma.

¡Ven y mitiga con tu dulce acento
este pesar que al corazón devora!
Está dormido en la montaña el viento,
y está lleno de luz mi pensamiento
como el espacio al despuntar la aurora.

¡Ven y amemos a Dios cuya pupila
todo el fulgor del universo absorbe;
cuyo poder los astros aniquila,
y a cuya planta se suspende el orbe,
punto de luz que a su mandato oscila!

¡Amémonos! La noche encantadora
ostenta su lujoso panorama;
el cielo brilla, el céfiro enamora...
Brinda la flor su esencia embriagadora,
el ave duerme... y el torrente brama.

▪ MIS FLORES NEGRAS

Oye; bajo las ruinas de mis pasiones,
en el fondo de esta alma que ya no alegras,
entre polvo de sueños y de ilusiones
brotan entumecidas mis flores negras.

Ellas son mis dolores, capullos hechos
los intensos dolores que en mis entrañas
sepultan sus raíces cual los helechos,
en las húmedas grietas de las montañas,

Ellas son tus desdenes y tus rigores;
son tus pérfidas frases y tus desvíos;
son tus besos vibrantes y abrasadores
en pétalos tornados, negros y fríos.

Ellas son el recuerdo de aquellas horas
en que presa en mis brazos te adormecías,
mientras yo suspiraba por las auroras
de tus ojos..., auroras que no eran mías.

Ellas son mis gemidos y mis reproches
ocultos en esta alma que ya no alegras;
son por eso tan negras como las noches
de los gélidos polos... mis flores negras.

Guarda, pues, este triste, débil manojito
que te ofrezco de aquellas flores sombrías;
guárdalo; nada temas: es un despojo.
del jardín de mis hondas melancolías.

▪ A MI HIJO, LEÓN JULIO

¿Ves ese roble que abatir no pudo
ayer el huracán que asoló el monte,
y que finge en el monte un alto y rudo
centinela que mira el horizonte?

El rayo apenas lo agrietó; sereno
sobre su vieja alfombra de hojarasca
se yergue aún como retando al trueno
que la furia azuzó de la borrasca.

Sé tú como ese roble: que la herida
que abra en tu pecho el dardo de la suerte
sin causarte escozor sane en seguida.

Labora y triunfa como sano y fuerte
para que el lauro que te dé la vida
flote sobre el remanso de la muerte.

▪ ILUSIONES

A mi hija Cielo

Las mariposas son flores que vuelan,
las flores, mariposas perfumadas
que en vano en el azul volar anhelan
porque están en la tierra aprisionadas.

Compasivas las libres mariposas
a los jardines van por las mañanas
a visitar a sus hermanas rosas
que las más lindas son de sus hermanas.

¿Las ves?, ámalas mucho, pero mira:
como no quiero que el pesar te abrume
tu mano de ellas al pasar retira
pues la flor en la mano se consume,
la mariposa que se coge, expira:
esta pierde el matiz, la otra el perfume.

▪ EL BOGOTANO

Correcto en el vestido; por su semblante
nunca pasa una sombra de duelo insano:
así va por las calles el bogotano,
siempre fino y alegre, siempre elegante.

Entre amigos y damas luce el chispeante
ingenio, que derrocha cortés y llano;
y como es un modelo de cortesano,
ama así..., a la ligera: por ser galante.

Al hundirse en el lecho tras el quebranto
de una noche de danzas y de emociones,
se apodera de su alma cruel desencanto,

y mira, entristecido, por los rincones
del oscuro cerebro, vagar, en tanto,
deshojadas y mustias sus ilusiones.

▪ ¡OH PATRIA!

Cuando el último acorde de mi lira
resonó en la gran sala,
—«¿Quién eres?» —preguntaron—, y yo dije:
—«¡Soy el último bardo de mi Patria!».
—«¿Y en dónde está tu Patria?» —prorrumpieron
con ruidosa algaraza—.

Orientándose entonces, con el dedo
les indiqué tu posición exacta.
—«Allá —les dije—, tras de aquellos montes
y tras de aquellas nubecillas blancas,
y tras de aquellos oros derretidos
que el sol muriente en el azul estanca.
Allá tras de esas brumas soñolientas
de múltiple color está mi Patria».

—«Un mar inmenso de rugientes olas
la áurea cabeza sin cesar le baña,
y el más ciclópeo de los ríos todos
es escabel de sus preciosas plantas.

El Pacífico azul, por occidente
lame las curvas de su flanco y canta;
el Magdalena turbio, caudaloso,
conduce la riqueza a sus comarcas,
y el océano Atlante, confidente,
¡le anuncia la grandeza de sus aguas!».
Todos me interrumpieron:
—«Dinos cómo es tu Patria».

Entonces les hablé de tus tesoros:
del oro que dormita en tus entrañas,
de tus cielos radiantes y profundos,
de tus cumbres ríscos y nevadas,
de tus lagos, tus huertos y tus flores
y de tus frondosísimas montañas.
Les hablé de tus aves y reptiles,
de tus hórridas fieras y tus pampas,
de tus muelles arroyos cristalinos,
de tus ricos filones de esmeraldas,
de la mole opulenta del Tolima
y del ronco fragor del Tequendama.

Les hablé de tus sabios y poetas.
De las rojas batallas
que por tu libertad ensangrentaron
valles y ríscos y llanuras y aguas.
Les hablé de tus héroes: de Ricaurte,
el sublime suicida que a las altas
regiones de lo eterno en una nube

de humo y en el estruendo de una salva
gigantesca voló..., por darte vida
y asegurar tu libertad..., ¡oh Patria!

—«¿Y tú la quieres?» —me dijeron todos—.
Y yo les respondí: —«¡Cómo no amarla!
Si allí nací, si mi niñez tranquila
rodó en su seno como fuente clara;
si allí mi loca juventud fue viva
y ardiente llamarada.
Si allí los huesos de mis padres duermen
en una eterna y silenciosa calma,
si allí brilla mi gloria como brilla
el rocío en las hierbas y en las ramas;
si en su suelo están todas mis raíces;
si allí dejé mi corazón..., ¡mi amada!».

Entonces todos exclamaron: —«Dinos...,
y esa tierra feliz..., ¿cómo se llama?».
—«¡Colombia! —dije; y me contuve, ¡y luego
sentí la quemadura de una lágrima...!
Mas al pensar que han sido mis pasiones
vena doliente de tu cuerpo, ¡oh Patria!,
y que mi voz se acuna en tus caminos
hecha canción y rebeldía de alas,
sacudí cabizbajo mi pañuelo;
sequé mi pobre lágrima;
conformé mi agonía de la ausencia,
¡les dije adiós! Y proseguí mi marcha...

▪ A MIS CRÍTICOS

Si supiérais con qué piedad os miro
y cómo os compadezco en esta hora.
En medio de la paz de mi retiro
mi lira es más fecunda y más sonora.

Si con ello un pesar mayor os causo
y el dedo pongo en vuestra llaga viva,
sabed que nunca me importó el aplauso
ni nunca me ha importado la diatriba.

¿A qué dar tanto pábulo a la pena
que os produce una lírica victoria?
Ya la posteridad, grave y serena,

al separar el oro de la escoria,
dirá cuando termine la faena,
quién mereció el olvido y quién la gloria.

▪ MI RETIRO EN EL MONTE

He quemado las naves de mi gloria.
Hoy en un monte milenario vivo
el resto de esta vida transitoria,
a todo halago mundanal esquivo.

En la gran soledad del bosque inmenso
este resto de vida se consume,
exhalando, lo mismo que el incienso
en los altares, todo su perfume.

El monte, prodigioso laberinto,
es hoy mi patria, mi ciudad, mi centro:
hállome en él hasta en mi mal distinto,

pues me parece que la dicha encuentro
mientras más solo estoy en su recinto,
mientras más hondo en sus arcadas entro.

Huyendo de las míseras pasiones
de los hombres, en pos de ambientes puros,
con mi morral henchido de canciones
abandoné los solariegos muros.

La mentira social, el placer mismo
cien veces apurado en una hora,
me arrancaron del fondo del abismo
lanzándome a la selva redentora.

He entrado como el monje en «la escondida
senda» a vivir las horas placenteras
de aquella dulce y sosegada vida,

convencido a la luz de otro horizonte,
de que hay en la ciudad muchas más fieras,
¡oh, sí!, muchas más fieras que en el monte.

Cerré todas las puertas a los vicios,
abandoné las broncas bacanales
y huí de los inmensos precipicios
lanzándome a regiones inmortales.

Ya no canto aquel canto atormentado
que abrió en mi corazón surco tan hondo,
tan hondo, que aunque a verle me he asomado,
nunca le he visto al asomarme el fondo.

Hoy mi canto es más puro, es más sereno
porque es ahora mi pensar más sano.
Canto en la soledad a pulmón pleno...

Y aunque en el monte estoy no canto en vano:
me aplaude arriba con su salva el trueno...,
y abajo, con su trueno el océano.

Porque abajo está el mar con su llanura
verde o azul, rojiza o cenicienta.
El mar, mi único hermano en amargura,
cómplice rugidor de la tormenta.

Ora tranquilo y sin vigor, inerme
se arrebujá en los velos de las brumas
y en su gran lecho de coral se aduerme
bajo su frágil edredón de espumas.

Ora ronco y fatal cuando se enoja,
aulla, brama, se retuerce, grita,
y espumarajos de coraje arroja.

Rompe sus anchas olas, y al romperlas
finge bajo la bóveda infinita,
enorme cofre azul lleno de perlas.

Ni falso amigo ni mujer liviana
cerca de mí; la azul enredadera
y el roble rico de vejez lozana
son y serán mi amigo y compañera.

Lejos del miasma, en vértigo inefable
del monte aspiro el secular perfume
y —águila enferma en jaula miserable—
mi espíritu las alas desentume.

Al fin bajo el magnífico frondaje
de la selva sonora y afligida
hallé la paz, aunque al rendir el viaje.

¡Por qué por un sarcasmo de la suerte,
hoy que por vez primera amo la vida
es cuando está acercándose la muerte...!

¡Pero no importa! Mi ventura entera
será dormir allí, tras la borrasca
de mi pasado, en una primavera,
oyendo el susurrar de la hojarasca.

Sé que la enredadera cariñosa
y el corpulento roble centenario
hundirán sus raíces en mi fosa
para estrechar mi cuerpo solitario.

Cristalinas mañanas, tardes blondas,
noches azules de luctuoso velo
y albas estrellas de miradas hondas

llorarán sobre mí. Y alzando el vuelo,
desde las altas y tupidas frondas
me cantarán los pájaros del cielo.

▪ EVOCACIÓN DIVINA

A mi hija Divina

Cuando en el casto vientre vi tus huellas,
«Dale una buena estrella» —dije a Dios—,
y Dios, el viejo sembrador de estrellas,
sembró en el cielo de tu cara dos.

▪ A MI HIJA LIRA

Las flores con sus pétalos de raso,
tanto de tu candor se maravillan,
que se doblan al verte, y a tu paso
parece que en el aire se arrodillan.

▪ SOMBRA BLANCA

Las perlas te dieron la cándida albura que splende en tu
[frente y tus manos;
los rojos rubíes te dieron la sangre que tiñe tu boca inviolada;
Aurora, la rubia, la maga de oriente, robó a los celajes
[lejanos
el tinte que baña tu fresca mejilla de oscuros hoyuelos
[sembrada.

La noche y la sombra tejieron las redes que cubren tu altiva
[cabeza;
invierno sus nieves cuajó entre las hojas de fuego que cierran
[tu boca;
y el sol, ese heraldo y Señor de la vida, queriendo aumentar
[tu belleza,
bañó en claridades eternas y vivas tus ojos quemantes de
[loca.

Tu voz es murmullo de fuente, y es eco sonoro de música
[extraña;
tu pie diminuto deslízase y roza cuando andas, apenas
[el suelo;
tu talle flexible y esbelto se mece y se dobla cual trémula
[caña
que empuja la brisa con soplo apacible, cuando alza en los
[campos el vuelo.

¡Oh!, dime, ¿quién eres? ¿Acaso un ensueño? ¿Mis ojos no se
[han engañado?
¿Te he visto? ¿Te veo? Me atraes y a veces también me
[intimidás;
responde... ¿Eres sólo quimera o visión de mi loco cerebro
[ofuscado?
Y si eres un ángel, ¿por qué, dime, llevas las alas por siempre
[escondidas?

▪ EN USIACURÍ

Un inmenso arenal; dunas desiertas
álzase allí, sinuosas, a millares;
los árboles sin nidos, sin cantares
con las hojas raquíticas y yertas.

Sólo las golondrinas sus alertas
dan al marcharse a sus antiguos lares,
lejos del sitio aquel, donde los mares
dejaron al azar sus conchas muertas.

Las brisas al pasar, su soplo débil
dan a una flor pequeña y delicada
que al suelo inclina su corola débil

y que suelo llamar “La flor del muerto”
que se parece a ti, niña adorada,
¡flor de mi triste corazón desierto!

▪ REALIDAD

Y el amor también muere, —me decía
contemplando las fosas con espanto,
una tarde en que triste recorría
asida de mi brazo el camposanto.

El amor —respondíle— es un anhelo
que en el fondo del alma está latente
así como ella se remonta al cielo
y, así como ella, vive eternamente.

Es perfume suavísimo que embriaga;
es néctar que se bebe en regio vaso,
astro que alumbra y que jamás se apaga;
el verdadero amor no tiene ocaso.

Entre tanto, de un sauce en la enramada
un ruido estrepitoso se sentía;
era que con burlona carcajada,
al oírme un espectro se reía.

▪ BODA NEGRA

Oye la historia que contóme un día
el viejo enterrador de la comarca:
era un amante a quien por suerte impía
su dulce bien le arrebató la parca.

Todas las noches iba al cementerio
a visitar la tumba de la hermosa;
la gente murmuraba con misterio:
es un muerto escapado de la fosa.

En una horrenda noche hizo pedazos
el mármol de la tumba abandonada,
cavó la tierra..., y se llevó en los brazos
el rígido esqueleto de la amada.

Y allá en la oscura habitación sombría,
de un cirio fúnebre a la llama incierta,
dejó a su lado la osamenta fría
y celebró sus bodas con la muerta.

Ató con cintas los desnudos huesos,
el yerto cráneo coronó de flores,
la horrible boca le cubrió de besos
y le contó sonriendo sus amores.

Llevó a la novia al tálamo mullido,
se acostó junto a ella enamorado,
y para siempre se quedó dormido
al esqueleto rígido abrazado.



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2015. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital se utilizó tipografía de la familia Baskerville (John Baskerville 1706–1775).

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca
Nacional
de Colombia



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACION